

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Don Artemio de Valle Arizpe (1888-1961) fue un destacado cronista de la Ciudad de México. Sus escritos, novelas y narraciones sobre la vida de la Colonia, dejaron una huella sensible en sus lectores –con esta remembranza el tres veces H. Consejo Editorial del Búho trata de explicarles a ustedes, lectoras y lectores pluscuamperfectos, lo que significa el título que el señor Bracho le pone a sus colaboraciones; y nos consta que nuestros padres y nuestros abuelos leyeron las obras de tan singular caballero, don Artemio, y lo hicieron con fruición y gusto, pues las anécdotas, los festines, el comportamiento de la sociedad en esa época, la Colonia, fueron tratadas con maestría y con un gran sentido del humor. Por ejemplo en “El Canillitas” –amenas aventuras de un pillastre mexica-, don Artemio, en lugar de separar las historias por “capítulos” lo hace por “Trancos”. Y Trancos, sí, Trancos son los ya famosos y muy leídos en nuestro mundo globalizado. Por cierto no le hemos preguntado al autor de hoy si sus narraciones las separa por “Trancos” rindiendo con ello un homenaje a Valle Arizpe, o simplemente lo hace por traer una palabra en desuso y así darle hoy una connotación moderna. Sea lo que fuere, para nosotros, que ponemos especial cuidado en tratar con entera libertad los escritos de todos nuestros epónimos escritores –y el señor Bracho lo es-, y ellos nos dan sorpresas sin fin, y el señor Bracho al bautizar como Trancos sus bellas historias, a nosotros nos parece un pequeño pero “sabroso” hallazgo. Establecido lo anterior, dejemos que fluya el Tranco siguiente, que, demás está decirlo, nos lleva de la mano por los vericuetos a los que nuestro ínclito escritor nos tiene acostumbrados, vayamos pues a caminar por sus laberintos. Puede resultar una aventura agradable:

TRANCO II

Las primeras gotas de la lluvia después se convertirían en un torrente inacabable, pues el agua cayó con desparpajo interminable como si jugara a ser otro diluvio universal y con ello quisiera anegar todos los rincones de la tierra y bañar, limpiar, inundar las cañadas y los bajíos y arrancar árboles, destrozor matorrales, llenar las presas y aumentar los caudales de los arroyos que luego descargarían su furia en los ríos circunvecinos. En esa fiesta, las nubes llegaban al lugar y como siguiendo una orden determinada dejaban caer el líquido, casi con espíritu salvaje y sin medir las consecuencias que provocarían esas aguas abundantes. Logré llegar a la cima de una cadena montañosa; bajo mis pies el agua discurría juguetona e iniciaba desde esas alturas su descenso malabar. Encontré una pequeña cueva. Ni tardo ni perezoso busqué refugio en esa oquedad. Era un lugar que en la primera mirada de reconocimiento ofrecía un magnífico observatorio: el valle bajo exhalaba vapores, las nubes las podía casi tocar con la palma de mi mano. En la parte posterior –el lugar tendría, de boca, unos cuatro metros y de fondo nueve o doce pasos, la altura, con desniveles, oscilaba entre los dos y medio y tres metros, las paredes parecían sostener figuras de animales que la erosión y el tiempo habían fraguado. Permanecí sumido en mis pensamientos, unos me llevaban a imaginar las peripecias de Noé, del ruido que en su barca generaban las bestias, de su destino y de su futuro incierto. Otra idea que me asaltaba y que yo trataba de borrar pues consideraba que ese no era el lugar adecuado para tener a una joven mujer entre los brazos, ya que la electricidad que nuestras caricias generarían pudieran provocar la atracción de los rayos que casi frente a mí zigzagueaban y en un rato de mala suerte nos hicieran su presa mortuoria. Entre el sonido intermitente de las gotas, de los truenos y la explosión de luz de los relámpagos alcancé a escuchar una voz que provenía del fondo de aquella caverna. Voltée; no, no vi a nadie; en la oquedad había sólo paredes de roca y de tierra compacta y los fantasmas esculpidos permanecían más quietos que una roca. Puse más atención, y sí, del fondo, pero más allá de aquellas paredes se escuchaba una voz. Pero, ¿de dónde provenía? Allí todo estaba cerrado, no había ningún pasadizo, ni nada que se le pudiera parecer. Concentré mejor mi oído. En realidad aquella fina voz femenina provenía de fuera, yo podría decir que aquella mujer, si lo fuera ¿qué tal si era la Bruja mayor la que

me llamaba? ¿Qué tal si era el canto de una sirena que deseaba tenerme entre sus brazos para luego, saciada su voluptuosidad, devorarme todo entero? ¿Qué tal si era la voz de una Gorgona maligna y contrahecha que me tendía una trampa de la cual yo no podría escapar? ¿O también -por qué no- que fuera una apetitosa y succulenta mujer campesina a quien la tormenta sorprendió en las alturas y no encontraba el camino de regreso y su angustia se pudiera trocar en un deleite carnal? ¿Y si la tal voz era la de una muchacha rubicunda del caserío que dormía al pie de la montaña y el chubasco la había sorprendido? ¿Y si esa joven estaba huyendo del hogar porque sus padres ya le eran insoportables y ahora buscaba refugio temporal y para colmo -bueno para mí, claro- esa chica estaba de cuerpo y cara como ángel celestial, y con esa lluvia, y con ese frío buscaba abrigo y consuelo con...migo? Y si esa mujer -por la tenue voz y por su tono era claro que pertenecía a una chamaca- huía de los acosos de un hombre al que ella no quería ver ni en pintura y al cual su familia la quería ver casada con aquél individuo que no presentaba ningún atractivo a la desdichada, y evidentemente, al encontrarme a mí, en medio de aquel aguacero y cansada del duro trepar por la colina y llorando su pena, al verme en actitud salvadora, ella se sentiría aliviada y me extendería los brazos para ser calmada, arrullada, salvada, y logrado eso, reconfortada por mi voz, por mis palabras, al sentir mi calor, al sentir que mi mano la acariciaba con extremo cuidado, pero con amor, con cariño surgido de la compasión por su penita, al verme a los ojos, al verla yo a ella, al descubrir de pronto que estábamos en aquella gruta y que la soledad más absoluta nos rodeaba, y al descubrir que nuestros cuerpos se atraían y que nuestros brazos se entendían a la perfección y que nuestros rostros casi estaban por iniciar el acercamiento que conduciría al beso profundo, y que del beso las manos empezarían a reconocer los terrenos y los promontorios de los cuerpos? Sí, ya entregados a la lucha, ya sin la ropa que lastima, entonces, ya el lodo y la humedad de la madriguera no significaba nada más que una cama blanda y escurridiza y cuya textura podría servir para nuestros fines más lúdicos. Otra vez sonó aquella dulce voz, pero ya su cercanía era tal que no había duda que aquella dama estaba a sólo unos metros de mi caverna. Si se acercaba un poco más ella caería presa de mi lujuria acuosa. Desde luego que sí. -¿Quién es?- pregunté, alzando la voz. -Ah, por fin, Jimmy, ya te daba por per-

dido -Contestó la mujer, que ahora sí estaba a un metro de mis brazos. -Oh- dijo, no eres Jimmy. -No, no soy Jimmy- Contesté con enfado mal disimulado. La mujer, que sí era de buen ver, y cuyo cuerpo, por lo mojado de su ropa dejaba traslucir las apetitosas formas, traía una mochila y unas cámaras fotográficas cubiertas con bolsas de plástico. -Soy Laura, soy fotógrafa de la revista de Geografía, mis compañeros están por llegar aquí, a esta cueva, me venían pisando los talones. Estamos cubriendo un reportaje sobre los efectos de la lluvia en estas montañas. Supongo que usted se va a quedar aquí. Vamos a acampar por esta noche y nos instalaremos perfectamente. Habíamos escogido con anterioridad esta cueva. Es un magnífico lugar, ¿no cree?- Ya las voces de un tropel humano estaban por llegar. Llegaron. Las presentaciones de rigor fueron hechas y en un santiamén aquella oquedad se convirtió en cómodo departamento de "altura". Todos mis sueños se derrumbaron. La mujer se recostó con el tal Jimmy. Cambiamos impresiones, "mi mujer" me tomó algunas fotografías y luego de la charla y del té caliente pasó la noche. La tormenta había cesado. Mi "tormenta" también. Por la mañana, así como aquél campamento fue armado, así de rápido fue desmontado. Se despidieron alegremente e iniciaron el descenso. La fotógrafa caminaba al frente. Sus figuras y sus voces se fueron adentrando en la jungla húmeda. Yo comencé a bajar. Encendí un puro Habano, y pisando sus pisadas llegué a la planicie. A lo lejos, mirando por el lecho del río, el grupo de investigadores parecía un punto movedizo...Encendí el motor de mi Jeep. Permanecí varios minutos en descanso. Luego una risa me llenó la cara, me reí como hacía mucho tiempo no lo hacía. Partí hacia mi destino. Ya en la carretera, que era larga y recta como línea que conduce al horizonte halagador, mi pensamiento, qué bueno, me había hecho vivir una tarde inolvidable, aunque la noche me llevó a la cruda realidad. Mi "mujer" soñada fue eso: un sueño. Nada. De todos modos estoy feliz. Feliz de haber soñado. Feliz de saber que algún otro día, en alguna otra tormenta, en alguna otra ocasión pudiera no producirse un sueño, sino que habría una realidad que me compensaría todos mis anhelos. Sí, lo siguiente, lo que viene, estoy seguro de ello es que el tal Jimmy, al que una bella mujer busca, voy a ser yo...de veras... 📧